

La patria, mi patria:

Estos días se está hablando mucho del patriotismo de los franceses, ese pueblo al que llamaban **gabachos** y **chauvinistas** cuando yo era niño, probablemente porque los que mandaban tenían especial interés en menospreciar las ideas liberales, y en resaltar nuestros propios valores patrios.

En esa estrategia se recordaba, como si hubiera sucedido poco antes, los levantamientos del dos de mayo en Madrid, populares primero, algo más organizados después por el apoyo de militares como los capitanes de artillería Daoíz y Velarde, a los que señalaron como paradigma de los valores de la milicia.

La exaltación nacional llegó al extremo de fundir el bronce de los cañones del parque de artillería para esculpir a los famosos leones de las cortes españolas, aunque el artista cometió un error imperdonable para el simbolismo: uno de ellos no tiene testículos,

También en Valencia tuvimos a un personaje singular, nuestro **Dalleter**, labrador de Paiporta criado en Patraix que, según la tradición, fue el primero en alzarse contra los franceses el día 23 de mayo. Y parece cierto que en los días anteriores a los que Vicent Doménech, que así se llamaba, declarara la guerra a Napoleón, circulaba un pasquín por nuestras tierras que, entre otras cosas, decía:

*los franceses idos a Francia,
dexadnos en nuestra ley,
que en tocando a Dios y al Rey,
a nuestras casas y hogares,
todos somos militares,
y formamos una grey..*

Los detractores de nuestros vecinos se apoyaban en un hecho cierto: Para los franceses, la palabra **France** era el paradigma de la **grandeur**, de la gloria, de las grandes gestas.

Pero me hice mayor y, aunque vivía Franco, comencé a leer otras cosas y otras historias escritas por autores españoles más liberales, o encontradas en los libros prohibidos, importados, que compraba, corriendo algunos riesgos, en la librería Isadora, de la actual plaza Margarita Valldaura de Valencia.

También escuchaba radio París, Radio Moscú y hasta la emisora pirenaica, que estaba en cualquier sitio menos en los Pirineos, y descubrí que Francia, con sus grandes sombras, fue la nación de la modernidad, de las libertades, del salto hacia adelante. Y, como no podía ser de otra manera, empecé a verlos

desde otra perspectiva, y a admirar su modo de ser creativo y contradictorio, demostrado claramente estos días de tanto dolor para ellos.

Es indiscutible que Francia es *%una nación+*, y que los franceses la reconocen, la respetan y la defienden. *%Rara avis+* desde el punto de vista de nuestros tiempos modernos españoles.

Y es una nación en la que los partidos pelean a muerte por los detalles cotidianos. En su cámara hay debates muy duros y grandes controversias, incluso tienen una ultra derecha xenófoba que se aprovecha de la mala situación de mucha gente y que rechaza a los inmigrantes, pero Francia también fue la cuna del eurocomunismo y de muchos adelantos sociales. El país que acuñó la frase *%a imaginación al poder+* es hoy, probablemente, el más socialista del mundo occidental, entendiendo como socialismo el hecho de que los grandes motores de la economía sean empresas públicas.

Pero mantienen algunas cosas que les unen. Una de ellas es que tienen claro, muy claro, el significado de la palabra *%patria+*, y lo están demostrando estos días cuando, al sentirse atacados, reaccionan apiñándose alrededor de su gobierno al que reconocen el liderazgo y al que ofrecen apoyo para la causa común. Sin fisuras.

Ha sido un ejemplo comprobar como los parlamentarios de sus dos cámaras, entre los que, insisto, hay enormes diferencias políticas, se unen para cantar la Marsellesa, un mínimo común denominador junto a la bandera tricolor portada por la matrona del gorro frigio que representó Eugene Delacroix en el cuadro *%a Libertad guiando al pueblo+*, a la que siguen, como hoy, gente de todas las capas sociales.

Y, otra vez, se animan los unos a los otros. *%Formez vos bataillons !+* gritan, mientras componen simbólicamente ese orden de batalla, cerrado e invencible, similar a la tortuga de las legiones romanas.

Está claro que la Marsellesa es un himno violento, un himno de guerra escrito para enardecer y levantar en armas a los franceses contra sus enemigos de Austria y de otros países de Europa, temerosos de que la revolución se expandiera por sus territorios pero, y es otra lección, ellos lo mantienen, pese a lo extemporáneo de su letra, porque es símbolo de su unidad patria. Y no pierden el tiempo discutiendo tonterías: un símbolo es un símbolo y punto.

Pero ¿son solo los franceses?. ¡Ni mucho menos!. Francia es una más de la gran mayoría de las naciones del mundo occidental que, teniendo grandes discrepancias internas, hacen piña alrededor de sus símbolos nacionales cuando llega la ocasión. Y me refiero a EEUU, seguramente el país con más contrastes políticos ideológicos, raciales, territoriales, etc., lo que no es obstáculo para que todos, blancos y negros, del norte o del sur, demócratas o

republicanos, tengan a gala %er americanos+ y respeten profundamente su himno y su bandera. O los alemanes, o los italianos, o los suecos, o los noruegues.

No es la Marsellesa, no. Los alemanes vibran con su himno y los italianos con el suyo, incluso cuando cantan a coro y con gran emoción el %a, pensiero+, su segundo himno nacional, del coro de los esclavos de Verdi.

He tenido ocasión de comprobar personalmente como reaccionan los británicos, los de los escándalos de la familia real y los referéndums de Escocia, cuando oyen el %od save the queen+. Pero no todos sabrán que ellos también tienen su %a, pensiero+ particular: %a marcha de pompa y circunstancia+de sir Edgar Elgar. Y si alguno quiere comprobarlo solo tiene que enlazar con la siguiente dirección:

<https://www.youtube.com/watch?v=wH8bu0oleZ8c>

I verán con que énfasis atacan la frase %and of hope and glory, mother of the free+, %tierra de gloria y esperanza, madre de los libres+, otro himno desfasado, pero con una gran carga emotiva que les hace sentirse hijos de una misma patria.

¿Porque somos diferentes?. Seguramente la explicación es muy simple: algunos iluminados de los 70, evidentemente con poca formación y menos perspectiva, pensaron que las banderas y los símbolos eran %osa de Franco+ el de los %principios fundamentales del movimiento+, el que proclamaba que %España es una unidad de destino en lo universal+ y, por reducción al absurdo, cosa de %a derecha+. Esta decisión dejó vacío un espacio que era de todos los españoles que ocuparon rápidamente minorías interesadas.

Y, como estaban seguros de que tenían razón, evitaron que en las escuelas se enseñara el himno nacional como hacen en otras naciones. En muchas lo cantan antes de empezar las clases, pero, claro, en la España de Franco se cantaba el Cara al Solō .

Y nuestro niños, ahora adultos e incluso dirigentes políticos, han crecido sin que se les hable de la constitución, aprendiendo historias raquíáticas y amañadas para honra y gloria de los enseñantes o de los políticos que lo alentaban o, al menos, que lo permitían.

Y nadie les explicó que España, nuestra patria, es única. Es la misma de la guerra de la independencia, es la del levantamiento liberal contra Fernando VII, la de Isabel II, la de la %época ominosa+, la de las guerras carlistas, la de la regencia de Espartero y, para no alargarme, la de los Borbones, la de la primera república, la de la segunda, la de Franco, la de la transición y, aunque no lo parezca, la actual.

Porque la patria son nuestras tierras, nuestra música, nuestros cementerios, nuestra historia, buena o mala, nuestra cultura, los hombres y mujeres que han sido y que son, los que han muerto por protegernos, o reventados de tanto trabajar para sacar adelante a sus familias.

La patria, la nación, es un concepto y, como tal, no es propiedad de nadie. No hay patrias de quita y pon ni patrias *inuneables*. Y no es un concepto discutido y discutible. Es un concepto inmutable y eterno. Se puede cambiar su organización o sus leyes, pero la esencia continúa impertérrita, de la misma forma que una madre se puede vestir de fiesta o de trabajo pero, vista como vista, siempre será la madre.

Hay épocas de gobernantes honestos y de amorales, de demócratas y de dictadores, de buenos y malos gestores. Y todos ellos nos han convencido, o tratado de convencer, de que hay *patrias buenas o malas* según quien las gobernaba, que la patria verdadera *es la mía*, *a que yo proclamo*, cuando son ellos los que han corrompido el concepto y faltado a la verdad.

Dicen que Luis XIV, no está demostrado, afirmó que *l'état c'est moi*, *el estado soy yo*. Pero ni siquiera él, el absolutista, se atrevió a decir *yo soy la patria*. Se quedó en propietario del estado que, evidentemente, es un nivel inferior.

La patria, lo que tenemos en común, no es de derechas ni de izquierdas, ni de ricos ni de pobres, pero ¿Quién lo reconoce?. Pero claro: decir esto en estos tiempos y con estas modas suena a viejo y vacuno.

Porque con todas estas mezquindades se nos ha encogido el corazón de tal manera que cada vez nos caben menos cosas. No se puede querer sin odiar o sin menospreciar. Y aparece la gran dificultad de reconocerse miembro de un todo sin dejar de serlo de un *algo*. Soy valenciano, dicen algunos, y esta es mi patria, eliminando el antiguo concepto *chica*. Y en este caso acepto que se puede alterar el orden: puedo ser español porque soy valenciano, o ser valenciano y español. Uno no puede ser solo de la calle Serranos, o de Bocairent. Hay entes superiores que debemos, necesitamos reconocer para no quedarnos en ente menor. No es mejor ser cabeza de ratón que cola de león, a no ser que el único condicionante de quien lo afirme es su ego personal: no es lo que dice la lógica ni la razón, que son términos parecidos pero no iguales. Amemos lo nuestro, defendamos nuestras lenguas y nuestras culturas, pero no nos confundamos.

Porque todos, en mayor o menor medida, somos miembros de familias mezcladas, oriundas de las cuatro esquinas de España, y todos, absolutamente todos, somos el sedimento de las diferentes culturas que se sucedieron en nuestra historia, desde el Neolítico hasta el día de hoy. ¿Cómo podemos

afirmar con autoridad que somos %unicos+, puros y, por supuesto, mejores que los demás?.

Mi dilema es otro. No he dejado de ser cántabro-valenciano, y por lo tanto español, pero cada vez me siento más europeo.

Y sigo pensando que la diferencia entre nuestra nación y %as otras+ no es fruto de la casualidad, sino la consecuencia natural de una educación generosa y objetiva.

O quizás es porque todos ellos son unos fachas.

José Luis Martínez Ángel

Valencia, 20 de noviembre de 2015